***Dejar que el ser corra: una lectura de La saga de los Confines desde la Ecocrítica Material***

Mariana Lucía Santander (USAL – UNDAV)

**I. Intracción materio-semiótica**

*La Saga de los Confines* es un relato épico fantástico, escrito por Liliana Bodoc entre los años 2000 y 2004, en el que se narra la historia de la conquista de América desde la posible perspectiva de las cosmovisiones originarias.

Nos interesa particularmente éste relato para preguntarnos acerca de los imaginarios materiales, éticos y políticos que habilita. Desde la Ecocrítica Material se sostiene la importancia de considerar el vínculo indisoluble que existe entre las prácticas discursivas y la materialidad de las relaciones ecológicas. No en un sentido determinista, en el que el lenguaje determinaría la realidad, sino en el sentido en que ambos elementos se co-implican, co-construyen, co-definen.

Desde este punto de vista las prácticas narrativas, así como las epistémicas, no inventan ni describen un mundo, sino que son cautivas del mundo que imaginan: …agentes ecológicos no humanos […] se proyectan como “formas textuales” de la materia que cuentan sus historias a través de la imaginación material de sus pares humanos. (Iovino y Opperman, 2018, 8); a su vez, producen efectos en el mismo, en tanto lo que se dice afecta y modifica lo que es. Las autoras toman de Karen Barad el concepto de “intractividad” para nombrar este encuentro entre la materia y el sentido. Los textos literarios, entonces, están hondamente comprometidos con la materialidad, no porque tienen el poder de prefigurarla sino porque son una parte orgánica de ella: …conocemos el mundo porque somos del mundo. No porque nos paramos fuera de él (11).

Teniendo en cuenta esta co-extensividad la imaginación y la materia, partiremos de analizar el modo en que la materia, o naturaleza, no humana es representada en este texto narrativo, para preguntarnos ¿qué modelo ético y político está implicado en él?, ¿incrementa, ésta narrativa, nuestra imaginación moral y ambiental? ¿Nos acompaña a emanciparnos de los dualismos e idealismos opresores? ¿De la ecofobia? ¿Del desprecio a cualquier forma de otredad?

**II. Curiosidad y desobediencia**

Para realizar tal análisis nos concentraremos en la historia de Piukemán, el menor de los hijos varones de Dulkancellin, cazador-guerrero de la región de Los Confines de Las Tierras Fértiles. La curiosidad de Piukemán lo empuja en dos oportunidades a traspasar los límites de lo prohibido, y como consecuencia de tales actos queda inhabilitado para cumplir su destino guerrero de varón husiuilke. Por ambas cosas, curiosidad y virilidad frustrada, proponemos, recibe uno de sus epítetos: entre los varones, el más parecido a su madre (Bodoc, 2000, 35).

Un narrador omnisciente nos hace saber que de su madre: le venía esa urgente curiosidad por todas las cosas (35). Esa aptitud la conduciría a ella a la muerte precoz, a él, en cambio, a la sabiduría.

El hijo curioso de Shampalwe, en dos oportunidades se arriesga más allá de los límites de lo permitido, por eso será también llamado “el desobedecedor”. En la primera, las consecuencias son perturbadoras pero soportables: ser invadido por una tristeza desconocido; ser testigo obligado del trance del Brujo que transmuta vertiginosamente confundiendo en su cuerpo formas humanas y animales; una terrible picazón en las piernas; la disociación de su cuerpo y de su intención: quería salir corriendo, pero sus piernas querían quedarse (38); el alivio de la incomprensión. En la segunda incursión, en cambio, las consecuencias, no serán reversibles. Piukemán presencia la ceremonia del Halcón Ahijador, de la que nadie sabe nada con exactitud, excepto que está prohibida para los hombres.

Esta aptitud curiosa y desobediente de Piukemán, nos abre a una determinada posición epistemológica y, por qué no, política. La tendencia a atravesar los límites implica la intención de convertir las fronteras en zonas de contacto, esto es, de re-establecer los vínculos entre espacios dicotómicamente construidos: lo humano y lo no-humano. Piukemán señala con su cuerpo la porosidad de las fronteras. Y reubica a lo humano en un ámbito que excede su control. La pulsión de Piukemán opera como la parte maldita que desde el interior de lo humano puja por destruir los límites y por desafiar el control intencional. No solamente porque desafía “intencionalmente” las fronteras civilizatoriamente construidas, sino porque experimenta en sí mismo la “caída” del acto consciente e intencional, que lo definiría como humano, en un campo materio-discursivo más amplio, en el que se encuentra densamente entretejido: su voluntad quiere irse, pero sus piernas quieren quedarse; su curiosidad no es propia, la hereda de su madre.

Las incursiones de Piukemán nos muestran al mundo como un tejido de experiencias materio-discursivo, incartografiable, en el que interactúan fuerzas biológicas, políticas, climáticas; en el que todo desencadena consecuencias materiales inesperadas, en el que lo humano aparece como “intencionalidad consciente” y, al mismo tiempo, como parte orgánica de una estructura móvil más vasta.

Este mundo concebido como tejido de experiencias en el que no sólo lo humano tiene capacidad de afectar y afectarse, sino también lo no humano; en el que todo hacer implica una coagulación de agencia, nunca una voluntad aislada, y en el que la dimensión material se entiende como un entrelazamiento simétrico de procesos, y, por lo tanto, como un devenir generativo, se sintetiza en la consecuencia implicada en la curiosidad de Piukemán, el tormento del Halcón Ahijador, que:

…castigaba al hombre imprudente arrebatándole la vista. No para dejarlo en la oscuridad de la ceguera, sino para otorgarle la suya propia. A partir de ese momento *sin importar si tenía los ojos abiertos o cerrados*, el hombre veía como el halcón. Si el halcón devoraba su presa, el hombre veía un revoltijo de sangre […] Cuando el hombre conseguía dormir, soñaba las visiones del ave. Cuando el ave dormía, el hombre veía sus sueños (Bodoc, 2000, 206).

Este pasaje da cuenta de un mundo compartido en el los agentes desencadenan consecuencias inesperadas, que aunque no lo sean para la mente, todo el mundo conocía el tormento del Halcón Ahijador, lo son para el cuerpo. Un mundo acontecimental, que descentra y reubica a lo humano. Y que hace sufrir a las conciencias que pretendan permanecer aisladas de la materia en la que están inmersas. El paisaje de Los Confines demuestra ser una fuerza independiente pero entrelazada, que puede encarnar el carácter fuerte del Halcón o en la risa de Kupuka, que desafía los intentos humanos por controlarlo todo.

**III. Dejar que el ser corra: un trabajo performativo de trans-corporalidad**

Ante el tormento del Ahijador, Piukemán sufre y pide ayuda a Kupuka, el Brujo de la Tierra que ya le había revelado su animalidad en la trasmutación de la Puerta de la Lechuza. El Brujo replica:

[…] *No puedo hacer nada. Nadie puede hacer nada* […] Tú tienes dos caminos entre los que debes elegir. Uno es el camino de *la muerte*. Es corto, y te dará rápido alivio. *Otro* es el camino de *la sabiduría*. Es largo y doloroso, pero te situará en *el mejor lugar de este mundo* [para hacerlo] Lo primero es dejar que tu *ser corra* del hombre al halcón. Cuánto más *te parezcas* al pájaro, menor será el sufrimiento. Lo demás llegará (207-208)

Entendemos por “muerte” el intento de resistir la infiltración de la animalidad no humana, permaneciendo en una ontología divisiva y dicotómica. Mientras Piukemán permanece en su casa, escuchando los relatos de Kush, pero viendo las presas del halcón, sufre, se lastima los ojos, todavía suyos, los brazos, que aún no son alas, reduce su potencia a cero.

El camino “otro”, el de la otredad, promete desembocar en el “mejor lugar de este mundo”, a saber, el de quien lo habita experimentando literalmente el contacto con lo extraño, el de quien experimenta el entrelazamiento de las fuerzas humanas y no humanas, en vez de disociarlas, el lugar del hibrido. “Dejar que el ser corra” implicará perder la identidad, dejar de llamarse Piukemán para llamarse Brujo Halcón, concebir y percibir la mixtura de presencias extrañas que somos, concebirse como instancia de cyborización. Permeable al movimiento, capaz de ser afectado.

Iovino y Opperman toman de Alaimo el concepto de “trans-corporalidad” para dar cuenta de un modelo de concurrencia dinámica, permeabilidad y agencias interconectadas en el que el sí mismo material no es una realidad independiente, “encapsulada” y circunscrita [sino que] en cambio, vive en “un mundo sostenido por confederaciones queer” (Haraway, 161) en el cual lo humano está siempre entremezclado con presencias extrañas. En este sentido los sujetos humanos son no humanos (Benett citado por Iovino y Opperman), un campo de interferencias recíprocas de organismos, ecosistemas y sustancias de factura humana (2018, 11-12).

Y si bien la metamorfosis de Piukemán nos sumerge en un ambiente en el que los agentes humanos co-existen y co-actuan con agentes no humanos, en el que desde una perspectiva ecológica podríamos anunciar que “todo está conectado con todo”, la pluma de Bodoc muestra la dificultad de esa experiencia. “Dejar que el ser corra” implica “parecerse al pájaro”, y ese movimiento se aleja violentamente de la liviana lógica del “dejar que todo fluya”, para ubicarse en el terreno del trabajo arduo sobre lo que hay. Piukemán debe trabajar performativamente el acontecimiento. Dejar la casa, hacerse un nido, plegar los brazos al costado del cuerpo para que le crezcan alas:

De tanto tener los brazos encogidos a los costados del pecho, la posición se le hizo indispensable. Al principio, el lugar del rozamiento fue doloroso. La carne se inflamó y se cubrió de llagas. Cuando las llagas se rompieron, el sudor ardió en las quemaduras. Luego las heridas sanaron lentamente. *El Brujo ya casi no estiraba los brazos. El Halcón se había ganado las alas. Era un ave absurda*, un pájaro sin cielo, una criatura repartida entre dos mundos (Bodoc, 2004, 99).

Ahora eran dos *forcejeando* sabían que solamente había un alma para los dos, y que estaban destinados a *mezclarse de todos los modos posibles*. Por ahora, uno luchaba por imponer la *voluntad* del pájaro, y otro la del Brujo. Castigador y castigado *acabarían sin saber dónde empezaban y dónde terminaban* (2002, 261).

Aceptar lo que hay implica trabajar con ello para orientar el encuentro de esas tensiones hacia una expresión potente. Lo que hay es la mezcla de fuerzas independientes y sin embargo entrelazadas, las voluntades la resisten; lo que hay es el tránsito, la lógica de la mismidad lo considera absurdo.

**IV. La misma furia: la mejor forma de estar en el mundo**

Para que esta convivencia resistida, puja de fuerzas, tome la forma un agenciamiento colectivo, en el que lo humano coopere, además de co-construirse con lo no humano, hace falta incorporar todavía una dimensión, esto es, reconocer el rol de los sistemas económico-políticos como un agente más. En términos de Iovino y Opperman, el modelo de la trans-corporalidad, no implica únicamente tomarse con seriedad la agencia de lo natural, sino también, rematerializar lo social (2018, 12).

En *La Saga de los confines* uno de los agentes económico-políticos son los sideresios, los invasores, enemigos que atentan contra la vida de las criaturas de las Tierras Fértiles, avanzando en masa sobre el territorio. Y en la historia de Piukemán y el Halcón, es esta misma avanzada la que posibilita una experiencia empática, y una acción conjunta en defensa de la propia vida y de la vida del ambiente:

Los que estaban cruzando el río eran enemigos. […] En esta ocasión no hicieron falta órdenes ni ruegos. El Brujo y el *Halcón sintieron la misma furia. Y tomaron idéntica decisión.* Por primera vez el Brujo no preparó su estómago ni apretó los ojos para aguantar lo que se avecinaba…El *resultado de la cruza fue un ave de enormes proporciones y mente clara* que se abalanzó para matar (Bodoc, 2002, 262).

[…] como había sido vaticinado, el Brujo y el Ahijador eran uno solo. En un sitio, el pensamiento; los ojos, en otro sitio. *Unidos para siempre por la oposición* del pájaro y del hombre. Una vez, los halcones habían sido convocados para buscar a una princesa. Ahora llegaban a la guerra en auxilio de los husihuilkes y en defensa de su cielo. —Estamos muriendo, Ahijador. — ¿De quién hablas? —preguntó el ave. —Hablo de los hombres —respondió. […]—También nosotros estamos muriendo —dijo el Ahijador (Bodoc, 2004, 458).

Una de las líneas fundamentales de la Ecocrítica Material es la reconsideración del carácter concreto de los campos existenciales en su dimensión corporal, eso implica dejar de concebir al mundo como un conjunto de procesos objetivos, para entenderlo como un tejido en el que la materia (los cuerpos, la naturaleza, lo no humano) no es una sustancia pasiva, fija que se mueve mecánicamente, sino que tiene capacidad de agencia, es decir, capacidad de modificar a otro ente en un proceso. Pero no solo eso, sino también, capacidad de afectarse, es decir, de tener un grado de experiencia sensible. A esto lo llaman “re-encantar la realidad” (Iovino y Opperman, 2018, 5). La narrativa de Bodoc nos conduce a un espacio en el que lo humano y lo no humano se entrelazan en una misma realidad, se co-construyen, tienen sensibilidad y conciencia, son fuerzas simétricas e isomórficas, que tienen la posibilidad no solo de sentir-junto-con, sino de actuar-junto-a.

En este sentido creemos que esta historia tiene el potencial de: actualizar nuestro sensorium y nuestro conocimiento de la densa red de relaciones en la que nuestras vidas y la vida del ambiente están inextrincablemente atrapadas (14). Y por lo tanto es de vital importancia, en tanto, permite liberarnos de dualismos opresores que impiden apreciar la vibrante multiplicidad de lo que hay (15). *La Saga de los confines* conduce hacia una ética anti-especista posthumana más hospitalaria, en la que se reconoce la interrelación material de todo lo que hay:

[…] un Astrónomo de la Comarca Aislada no es mejor que un Brujo de los Confines. Y […] un Brujo de los Confines no es más ni menos que un nogal; un nacimiento humano no es más ni menos que una floración, un Astrónomo escrutando las estrellas no es más ni menos que un pez desovando. El cazador no es más ni menos que la presa que necesita para vivir; un hombre no es más ni es menos que el maíz que lo alimenta. La Creación es una urdimbre perfecta…Todo está hilado con todo…Pobres de nosotros si olvidamos que somos un telar […] ¿Podríamos poner más alto el día que la noche? [Si] la Creación es una urdimbre de hilos indispensables. […] es atributo de la Magia ver y comprender esas correspondencias. Ésa, y no otra, es su sabiduría, hecha de las materias de la tierra. Tal vez la Magia pueda comprender cómo se corresponden la lombriz y la montaña, dónde se buscan y dónde se resisten. Pero debe preguntarle a la montaña y a la lombriz. (Bodoc, 2000, 327-328).

**Bibliografía**

Bodoc, L. (2000). La Saga de los Confines. Libro I: Los días del Venado. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.

Bodoc, L. (2002). La Saga de los Confines. Libro II: Los días de la Sombra. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.

Bodoc, L. (2004). La Saga de los Confines. Libro III: Los días del Fuego. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.

Iovino, S y Opperman, S. (2018). Ecocrítica Material: Materialidad, agencia y modelos narrativos. Trad. Lucero y Billi. Pensamiento de los confines nª 31, Guadalquivir, Buenos Aires.